

ellos podrán llegar a hacer con los años un papelito en una obra de Landeta. ¿Qué sabe el señor Retes de teatro brechtiano? ¿Qué sabe de materialismo dialéctico? ¿Qué sabe de interpretación de símbolos? Absolutamente nada, y lo prueba que ni uno solo de los actores que intervienen en el *Galileo* escuchó de sus labios una doctrina brechtiana. Acaso uno: Carlos Bracho, que algo sabía porque asistió a una de las sesiones preliminares organizadas por Hugo Galarza, el único director en México que conoce a fondo a Brecht, como lo demostró en la puesta en escena de *El señor Puntilla y su sirviente Matti*.

Guillermo Orea, excelente actor cómico, sacó como pudo su personaje de Galileo. Reconozco en él su labor, su esfuerzo y algo de sus logros, pero no pudo acercarse lo suficiente al personaje por falta de guía. Sin embargo, tiene momentos espléndidos. Judy Ponte, que a veces ha demostrado ser una buena actriz, no pudo hacer nada con su Virginia también por falta de dirección que le hiciese comprender su personaje, y además, porque se mutiló tanto parlamento de ella, que su papel quedó reducido a la nada. Bien Guillermo Gil y Antonio González. A los veinte actores restantes . . . que el teatro se los demande.

*Galileo Galilei* sigue sin estrenarse en México. Lo que hemos visto es el *Galileo Galilei* de Ignacio Retes, que nada tiene que ver con el de Bertolt Brecht. Lo que hemos visto es una farsa, o más que farsa, un gran guiñol, o más que gran guiñol, un gran disparate ¡Tiemblo aún al recordar la escena del viejo cardenal, zarandeado por cuatro frailes y tumbado al suelo! ¡Y aquel fraile persiguiendo a una damisela en la fiesta del Cardenal Belarmino! Todo tiene un límite, hasta lo obvio. Que nos perdone Bertolt Brecht, así se lo pedimos en nuestras oraciones.

1o. de octubre de 1967

#### DELICIOSA FARSA MEXICANA

Emilio Carballido es, hoy por hoy, el mejor autor teatral de México. Cada nueva obra suya que sube a los escenarios constituye

una enorme satisfacción tanto para él como para los espectadores, y para los cronistas “muy exigentes” como yo, un descanso, una alegría, una confianza en que se puede hacer buen teatro y, al mismo tiempo, una poderosa arma que esgrimir ante los improvisados autores mexicanos, ante aquellos que piensan que escribir lo puede hacer cualquiera. El escritor es como el pianista: debe comenzar a practicar desde los siete años si quiere triunfar después de los treinta. Y Carballido ha practicado toda su vida. Claro está que no basta la práctica, sino que es necesario que las hadas coloquen en la cuna del futuro escritor, o pianista, o pintor, o director, el don del talento. Y ya sabemos que en esto las hadas son regiomontanas. Por fortuna, el día que nació Emilio alguna andaba de buenas. Por fortuna para él, para el teatro mexicano y para nosotros los espectadores.

*Te juro Juana que tengo ganas* es la mejor farsa que se ha escrito desde el teatro prehispánico a nuestros días. Fernando Calderón realizó un loable intento al mediar el siglo xix con *A ninguna de las tres*; luego Vanegas Arroyo escribió muchas farsas pequeñas pero muy débiles. En la mitad del siglo xx, Wilberto Cantón se acercó bastante a la auténtica farsa con su *Escuela de cortesanos*, y por fin, Emilio Carballido logra la perfección en ese difícil género. No quiero caer en las exageraciones y falsedades de aquel crítico que comparó un día a Basurto con Shakespeare, pero exageraría yo menos y no diría ninguna falsedad si se me ocurriese comparar a Molière con Carballido. Pero no lo digo porque la gigantesca y molestísima sombra de los clásicos, ¡oh los clásicos!, pesa demasiado sobre nuestros prejuicios. Molière escribía para divertir y para criticar a ciertos tipos o ciertos vicios de su sociedad. Carballido también. Luego entonces... Pero no, dejemos eso, porque si ya se me critica porque soy exagerado al atacar, no deseo que se me critique de lo mismo al alabar. Pero insisto: no creo que fuera una exageración.

(Espacio para sonrisa despectiva por parte de algunos de nuestros autores.)

La farsa de Carballido distorsiona hasta la locura ciertos tipos de nuestra clase media provinciana, y lo consigue de tal manera, que la sonrisa, la risa y la franca carcajada se suceden ininterrum-

pidamente en los labios del espectador. Es una clase media mexicana de 1919, pero apenas si ha cambiado en la provincia en 1967. Por otra parte, la construcción de la farsa es impecable, permitiéndose Emilio el lujo de intercalar una escena sentimental, un tanto cuanto poética, a base de contrapunto entre todos los personajes, en la que ninguno de ellos está conforme con su edad. (¿No faltó allí la niña, cuya edad también es un grave problema para ella?)

Al ver esta deliciosa y auténtica farsa, pienso que andamos bien escasos de comediógrafos en México. A Carballido y a Sergio Magaña los hemos aplaudido desde hace más de doce años y siguen firmes en su puesto. Don Rafael Solana nos dio una agradable comedia, casi targa, en *Debiera haber obispos*. Cantón con un solo intento. Hugo Argüelles con sus *Cuervos están de luto* (no importa que se haya equivocado en su última obra: Carballido también se equivocó una vez, con *La hebra de oro*). Y nada más. La nueva generación intelectual de México avanza pujante por el terreno de la novela, del cuento, de la poesía, pero no ha surgido en teatro nadie que tenga la importancia de un Fuentes en novela, de un Monsiváis en ensayo (¿por qué no escribirá Monsiváis una farsa?), de un Cuevas en pintura. Es cierto que tenemos a Carballido, pero el teatro está exigiendo un representante dentro de la mafia.

Había yo casi olvidado la existencia de Ema Arvizu. La vi hace tantos años en *Gigoló* que apenas la recordaba como una actriz exagerada, y cuando me enteré que trabajaría en la obra de Emilio me pareció un error de Xavier Rojas. Y estaba equivocado en lo absoluto: nadie podría haber interpretado mejor la Juana. Ignoro si Emilio Carballido pensó en ella al escribir el papel, pero tal parece que así fue. Ema Arvizu está verdaderamente maravillosa y su actuación es digna de todo estímulo por parte de los cronistas y de toda recompensa por parte del público. Ricardo Fuentes, "el declamador sin maestro", el actor ceremonioso, redicho, que parecía que se había acabado para el teatro, resurge y acierta en la farsa, quizá por sus mismos defectos que se convierten en virtudes dentro de ese género. Lola Tinoco es una actriz de carácter que siempre está bien, y en esta ocasión está mejor. Un aplauso triple para Braulio Zertuche, un joven estudiante del

primer año en la Escuela de Arte Teatral del INBA, quien logra una creación en su poeta adolescente y abriga el difícil papel que debe ser dicho constantemente en camelo. Otro aplauso triple para Lupita Quiroz, excelente en sus reacciones, en sus tonos y en su gracia. Muy bien Enrique Muñoz en su petimetre interesado. Sólo un lunar en el reparto: Mariela Flores, quien no comprendió el sentido de la farsa y no pudo, por tanto, aprovechar su graciosísimo personaje. Vuelve a acertar Xavier Rojas en su dirección escénica, cosa que me alegra sobremanera porque últimamente Xavier se había empeñado en borrar la buena impresión que tenía de él como director.

En *Te juro Juana que tengo ganas* no hay muchachas en bikini, ni chistes soeces, ni trucos baratos, como en otros teatros; pero yo aseguro al lector que si asiste al Teatro Granero se divertirá mucho más.

15 de octubre de 1967

#### LA MAGIA PSICODÉLICA DE LA COLONIA

Sra. Ofelia Guilmáin  
Teatro Xola

Querida y admirada Ofelia:

Sé —por amigos o enemigos mutuos— que te ofendiste por mi crónica acerca de aquel *Macbeth* que yo llamé haciéndome el gracioso, “del Oeste”. Me voy ya acostumbrando a que la gente de teatro se ofenda conmigo cuando no las elogio, y me resigno porque estoy convencido que la verdad —al menos *mi* verdad— a nadie satisface. Desde mi primera crónica teatral me hice el juramento de decir, sin circunloquio alguno, lo que en realidad pensaba, sin importarme cuántos enemigos me podría echar auestas. Y he cumplido, aunque en ocasiones sí me importe la enemistad de alguien. Como tú, por ejemplo, pero yo tenía que decir que en *Macbeth* estabas mal, porque no estudiaste a fondo